

Vida de Alejandro, por Bucéfalo

© Eloy M. Cebrián, 2005

© Alfaguara, 2005

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización expresa de los propietarios del copyright.

Capítulo I El orador y el rey

Mi nombre es Bucéfalo y me estoy muriendo. La vida me abandona a través de esta herida que una flecha enemiga abrió en mitad de mi pecho. Apenas distingo las cosas que me rodean, y el mundo parece cubierto por niebla y sombras. Mi señor ha enviado a sus criados para que cuiden de mí. Noto que me acarician, que limpian mi herida y que depositan heno fresco junto a mi extenuada cabeza, tal vez esperando que el olor del alimento me reanime. Ayer vino a visitarme el cirujano más afamado de todo el ejército. Tras examinar mi herida, se limitó a encogerse de hombros y a prescribirme la muerte dulce y rápida del cuchillo. Alejandro estuvo a punto de hacerlo ejecutar. Él me conoce bien.

Sabe que somos iguales, que lucharé hasta el final y que, cuando llegue el momento, me iré con el orgullo de haber librado una hermosa batalla.

«¿Por qué tantas atenciones con un viejo caballo moribundo?», os estaréis preguntando. Soy viejo, os lo concedo, mucho más viejo que ninguno de los caballos que he conocido y, para mi desgracia, es un hecho que me estoy muriendo. Pero ni por un instante penséis en mí como en un caballo vulgar. Pocos son los hombres que han alcanzado más gloria y más fama que yo. Y poseo además un tesoro que muchos envidiarían: mis recuerdos, una larga vida de recuerdos. No quieran los dioses, si de verdad existen, que todas estas vivencias se pierdan conmigo, que la muerte y el tiempo las borren sin dejar rastro. Así pues, escuchad mi historia, mientras aún me queden fuerzas para narrarla.

* * *

Fidón, mi amo, poseía una hermosa finca en el Ática, a media jornada de camino de la ciudad de Atenas. Desde mucho antes de las guerras persas, su familia se había dedicado a la cría y doma de caballos, de modo que él era el depositario de la experiencia acumulada a lo largo de doscientos años. Fidón disfrutaba asistiendo a sus yeguas durante el alumbramiento. Acababa yo de abrir los ojos al mundo cuando mi amo me sostuvo en sus brazos y, tras examinarme, declaró:

—Hermoso potrillo. Nunca correrá en un hipódromo, pero creo que podremos hacer de él un excelente caballo de batalla.

El ojo experto de Fidón rara vez lo engañaba. Yo no estaba destinado a parecerme a mi madre, una esbelta yegua de carreras, sino a crecer hasta convertirme en un ejemplar fuerte y robusto, ideal para recibir entrenamiento de combate. Por otro lado, ella era completamente blanca, mientras que mi pelaje relucía bajo el sol del Ática con un lustroso color negro.

—La señal blanca de tu testuz la has heredado de mí —me dijo mi madre con dulzura mientras yo buscaba su ubre casi a ciegas—. Todos los machos de mi familia la han tenido. La tuvo mi tatarabuelo, que ganó tres coronas de olivo en el los Juego Olímpicos, así como su hijo y el hijo de su hijo. El mismo tamaño, el mismo color y la misma forma de cabeza de buey. Es la marca de los campeones.

Mi madre era una yegua famosa. Muchos de sus antepasados habían sido caballos de carreras, y ella misma, pese a su juventud, había cosechado ya triunfos en las pruebas hípicas más importantes de la Hélade. Fidón, agradecido por la pequeña fortuna que le había hecho ganar, la colmaba de atenciones, y la había honrado dándole el hermoso nombre de *Ánemos*, la palabra que en lengua helena significa «viento». Es cierto que yo no me parecía a ella, pero supe honrar la sangre que corría por mis venas convirtiéndome en el caballo de

combate más rápido que haya existido jamás. Pero no adelantemos acontecimientos.

Sabed que mi educación empezó del modo tradicional: en primer lugar hube de aprender a vivir sin la presencia constante de mi madre. Después logré vencer mi natural recelo a la cercanía y el olor de los seres humanos. La siguiente fase de mi entrenamiento me enseñó a soportar la brida y el bocado. Por último, aunque no de buen grado, accedí a dejarme montar.

Entonces comenzó mi auténtico adiestramiento como caballo de guerra: duros ejercicios en combates simulados me enseñaron a mantener la cabeza fría en el fragor de la batalla, donde la confusión es absoluta, la tensión extrema y las maniobras difíciles. Me enseñaron a moverme de forma coordinada en mitad de una carga de caballería: aprendí a lanzarme al galope, cambiar de dirección, detenerme, volver grupas y retroceder, todo ello en un palmo de terreno y sin derribar a mi jinete; aprendí a convertirme en una estatua mientras mi jinete combatía con la lanza o la espada; aprendí a soportar el peso del peto y la testera que protegen nuestras partes más vulnerables; aprendí, en suma, todo lo que el buen caballo heleno de combate debe saber. Tras dos años de entrenamiento, yo era ya un auténtico profesional de la guerra, y lo he sido hasta el día de hoy.

He de decir que mis primeros años de vida fueron de extrema felicidad. Ninguna pendiente me parecía

demasiado escarpada, ningún vado demasiado profundo, ninguna marcha demasiado larga, ningún jabalí demasiado fiero. Pero, de todos aquellos días dichosos, hay uno que recuerdo con especial orgullo. Fue aquella ocasión en que Fidón, mi amo, decidió mostrarme en público por primera vez.

Corría el mes de hecatombeón [*julio*] y la ciudad de Atenas se preparaba para celebrar las fiestas en honor de Atenea, su diosa protectora. El acto principal era la procesión hasta el templo de la diosa, sobre la colina de la Acrópolis, y Fidón eligió de entre sus caballos el de mejor estampa para lucirlo en la procesión de aquel año. Imagino que sabréis a qué caballo me refiero.

Horas antes del amanecer, sus sirvientes me sacaron del establo y me cepillaron hasta que mi pelo y mi crin relucieron a la luz de las antorchas. Después me adornaron con cintas de colores y, por último, me enjazzaron con una preciosa manta y una brida de fina factura. Mi amo sonrió complacido al verme.

Hacia el mediodía atravesábamos la puerta principal de Atenas, y lamento decir que la más famosa ciudad de la Hélade me decepcionó terriblemente. Para un caballo como yo, acostumbrado al aire limpio y los espacios abiertos, aquel recorrido a través de un laberinto de calles angostas y polvorientas resultó una durísima prueba. El humo, el estrépito, la oscuridad de las casas y talleres, el hedor mezclado de personas y animales, de verduras cocidas y de inmundicia...

¿Quién puede querer vivir así? Con todo, eran muchos miles los seres humanos que se hacinaban en la modesta superficie delimitada por las murallas. Sólo al alzar la vista y contemplar la colina de la Acrópolis encontré algo en lo que Atenas estaba a la altura de su fama. Allí, en lo más alto, los templos y las estatuas de los dioses parecían reclamar para sí la serenidad y el aire diáfano de las alturas.

Finalmente llegamos al Cerámico, el barrio de los alfareros, donde la procesión se estaba formando lentamente. El lugar era un hervidero de personas y animales en medio del cual los encargados de organizar el desfile apenas lograban hacerse oír. Un jinete se acercó a nosotros sorteando trabajosamente la multitud.

—Salud, Demóstenes —gritó mi amo levantando la mano derecha en señal de saludo.

Hasta un caballo criado en el campo como yo conocía el nombre de Demóstenes, el más célebre de los oradores de Atenas. Lo miré con curiosidad y comprobé que se trataba de un hombrecillo de mediana edad, aunque su escaso cabello gris, similar a la piel de un ratón, y su postura encorvada le daban el aspecto de un anciano. Vestía una túnica larga y sin adornos, muy pasada de moda y en absoluto adecuada para montar a caballo. Pero lo que más me sorprendió fue el tono resonante de su voz. Su dicción era tan cuidada que me pareció estar oyendo a un actor recitando su papel:

—¡Fidón! ¡Mi buen amigo! Y con una montura digna del carro de Apolo. Veo que los dioses te han tratado bien.

—Ni la mitad que a ti —respondió mi amo—. Lo último que supe fue que aún escribías discursos por encargo a cambio de unas pocas monedas, y ahora te encuentro convertido en el primer hombre de Atenas.

Demóstenes se irguió sobre su montura, inspiró hondo y lanzó una carcajada. Pese a la modestia de su aspecto, comprendí que era un hombre muy vanidoso. De pronto observé que su expresión se ensombrecía.

—¡Vaya! Pero mira quién viene por aquí.

Un tercer jinete se acercaba a nosotros agitando las manos a fin de atraer nuestra atención.

—¡Pero qué inesperada sorpresa! —dijo al acercarse— ¡Nada menos que Fidón y Demóstenes! ¿Puede haber forma mejor de empezar el festival de la diosa? —En ese momento reparó en mí—: Veo, Fidón, que sigues criando los caballos más hermosos del Ática. Mi enhorabuena.

Mi amo inclinó cortésmente la cabeza.

—Gracias, Esquines. Tus palabras me honran doblemente, puesto que vienen del primer hombre de Atenas.

Demóstenes carraspeó y le dedicó a Fidón una mirada cargada de rencor. Después se dirigió a Esquines.

—Observo que tú también montas un bonito caballo. ¿Acaso has recibido dinero en los últimos tiempos?

Cuentan que estás haciendo buenos negocios en Macedonia.

Esquines rió con cierta desgana.

—Excelente, Demóstenes, tú nunca defraudas. Pero me temo que el odio que le profesas al rey Filipo está nublando tu buen criterio.

La espalda de Demóstenes se envaró al oír el nombre de Filipo, y sus rasgos se contrajeron en una mueca de desagrado.

—Debería darte vergüenza, Esquines. —La voz de Demóstenes sonaba como el silbido de una serpiente—. Es casi un sacrilegio pronunciar el nombre del tirano de Macedonia en el día de Atenea.

Esquines frunció el ceño, pero se recompuso al instante.

—Filipo no es un tirano, sino un rey. Y un gran rey, además. Creo que todos los helenos deberíamos estarle agradecidos por sus éxitos al contener a los bárbaros.

—Tonterías. Filipo es tan bárbaro como esos a los que afirma contener. Y mucho más peligroso. A lo único que aspira es a apoderarse de la Hélade entera, saquear nuestras ciudades, arrebatárnoslo todo. Ya nos ha quitado nuestros puertos más importantes en el norte. Y estás loco si crees que se contentará con eso. O lo detenemos ahora, o la misma Atenas será su próxima presa. No paro de repetirlo en la Asamblea. Pero tú y tus partidarios os habéis empeñado en ven-

ernos al tirano. Te juro, Esquines, que...

Demóstenes había pronunciado todo su discurso de un tirón. Aprovechando que había hecho una pausa para tomar aire, Esquines dijo:

—Macedonia necesita buenos puertos para comerciar con sus mercancías. Una Macedonia próspera es nuestra mejor garantía de un futuro en paz. El tiempo de la guerra ha pasado.

—¡Y un cuerno!—El grito de Demóstenes había sonado con tal fuerza que, a pesar de la algarabía, muchas caras se volvieron hacia nosotros—. Filipo entrena tropas. Compra caballos. Se rearma. Dicen que ha equipado a sus soldados con una lanza monstruosa llamada «sarisa». Una lanza que tiene la altura de tres hombres. Ahí tienes a tu hombre de paz.

Fidón intervino entonces en la conversación:

—Lo que dice Demóstenes es cierto. Yo conozco bien al rey Filipo y sé que nada lo detendrá. Su ejército es cada día más fuerte.

Esquines había estado escuchando con las cejas en alto. Antes de que Demóstenes continuara, agitó las manos reclamando atención. El círculo de curiosos seguía creciendo. Esquines se volvió hacia ellos y adoptó el tono de un orador en la tribuna.

—Ya lo habéis oído. Demóstenes insulta a Filipo. Lo llama bárbaro. Quizá porque ignora que el buen rey de Macedonia ha abrazado la tarea más noble y patriótica que pueda acometer un gobernante heleno.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Demóstenes frunciendo el ceño.

—De la guerra contra Persia, naturalmente. Acaban de recibirse las noticias. Filipo se ofrece para encabezar la sagrada misión de liberar de su esclavitud a nuestros hermanos del otro lado del Egeo.

—Lo... locuras y n... ne... cedades —tartamudeó Demóstenes furioso—. Nadie ha vuelto a ver a un persa en el Ática desde Salamina, y aquello fue en los tiempos de mi tatarabuelo. Nuestro enemigo no es el rey de Persia, sino el de Macedonia. Y vosotros queréis entregarle el mando. Os hundiré en la Asamblea por esto.

Esquines retrocedió instintivamente, quizá sorprendido por la violencia de las palabras de Demóstenes, pero enseguida recuperó la sonrisa.

—Mi buen Demóstenes, no puedo concebir placer mayor que seguir discutiendo contigo, pero parece que la procesión comienza. Reanudaremos esta charla en la Asamblea.

—Te aseguro que así será —concluyó Demóstenes iracundo.

En efecto, la multitud obedecía por fin a los organizadores y había dejado de prestar atención. La procesión comenzaba a avanzar lentamente, y pronto recorríamos la Vía Sagrada en dirección a la Acrópolis y el templo de Atenea. La gente bailaba al ritmo de flautas y tambores, por todas partes ardían pebeteros

con hierbas aromáticas, y las fachadas de las casas nobles resplandecían con sus adornos florales y sus guirnaldas. Desde el pie de la colina contemplé cómo el humo de los sacrificios oscurecía el cielo. Después hubo carne para todos. Y el vino corrió a raudales. Dijeron que el festival dramático de aquel año fue el más brillante que se recordaba en mucho tiempo. Al caer la noche, la ciudad se llenó del ulular de las lechuzas y la gente estalló en vítores. Atenea estaba complacida.